

cartelera. Esperemos que no surjan obstáculos infranqueables y que nuestro aldeanismo teatral supere pronto

este otro borrón: la ausencia de Jean Genet de los escenarios españoles. ■ J. M.

Basilio Martín Patino

UN HOMBRE DE LA GENERACION DE LOS CINCUENTA



«Nueve cartas a Berta» fue o quiso ser, en su origen, seguramente, una narración corta o una novela. Ahora, a la vista de su guión completo —que ha publicado «Ciencia Nueva» en la colección «Los complementarios»—, cabe reconsiderar la película de Basilio Martín Patino para valorarla en una dimensión nueva: la literaria.

La lectura del guión parece confirmar nuestra hipótesis. «Nueve cartas a Berta» constituye un amplio panorama costumbrista de un momento concreto de la historia española, visto en la perspectiva de un joven de los años cincuenta. Hay en el relato un afán dialéctico de profundización en la menuda realidad cotidiana a la busca de su verdadero significado, capaz de dar la clave de su propia transformación. ¿Se ve cumplido ese afán en la obra cinematográfica? La mayoría de los componentes de lo que podría denominarse la «nueva crítica» nos proporcionan una respuesta afirmativa. Sabemos, sin embargo, que el contenido del film —eso que hace treinta años se llamaba «el mensaje»— ha sido muy discutido en los núcleos de los cineastas más jóvenes y que el reproche de «naturalismo» y de «sentimentalismo» se ha escuchado con frecuencia en los debates. Es cierto que a Patino —al margen de todo juicio de valor, simplemente como constatación

de un hecho— hay que situarlo en la generación rebelde de los cincuenta, que trataba de abrirse camino a través de muy diversos modos de expresión sin plantearse su aventura con un gran rigor metodológico. La mayor parte de los miembros de esta promoción eligieron el realismo naturalista para manifestar sus inquietudes, tanto en la poesía como en la novela. Hoy su obra se nos ofrece con un singular valor histórico, pero ya sumergida bajo el resultado de intentos ulteriores de mayor ambición y alcance.

«Nueve cartas a Berta» —cualquiera que haya sido su origen, y aunque se confirmase la certeza de lo apuntado al comienzo de esta nota— se convierte en cine dentro de un contexto muy distinto: el de los años sesenta. Conscientemente o no —seguro que conscientemente—, Patino habría de acusar el impacto de los influjos de un momento histórico diferente. Las mismas inquietudes de la década anterior aparecen más sistematizadas, más clarificadas, en una más larga perspectiva. Estos diálogos nos subrayan, en su lectura, la importancia del camino andado. A veces, un simple matiz resulta revelador al respecto. Otras, la llegada a niveles más profundos —aunque sea por medio de una mínima anécdota— en el análisis del drama de la pequeña burguesía provinciana (de toda la pequeña burguesía española), amenazada de muerte por el proceso general de transformación, manifiesta con claridad la nueva toma de conciencia del autor. No se abandona, sin embargo, el marco costumbrista: en la constatación de este hecho incidirán algunas críticas. Pero, aunque es cierto que Patino observa a esa pequeña burguesía desde sí misma, a través de un personaje que sufre sus limitaciones, también lo es que se distancia lo suficiente para mostrar sus problemas en un contexto más ancho, pese a que nunca llegue a la sátira radical ni a la crítica corrosiva. Hay en Patino una voluntad de comprensión muy fuerte, que frustraría todo propósito de mordacidad. Si tal voluntad es justa o no, puede, y debe, discutirse. Pero el valor testimonial de su obra no disminuye aunque la respuesta sea negativa. ■ E. G. R.

PARTIDOS COMUNISTAS

Italianos contra soviéticos

El P. C. italiano, cada vez más autónomo, puede llegar a faltar de la conferencia mundial de partidos comunistas, que estaba prevista para el 25 de noviembre y que fue aplazada a causa de los acontecimientos de Checoslovaquia. Pero que, actualmente, está preparándose de nuevo con gran actividad. A pesar del empeoramiento de la crisis del mundo comunista, los dirigentes soviéticos trabajan sin descanso para este futuro cónclave. Su tensidad podrá ser recompensada, quizá, en las próximas semanas. En la última reunión preparatoria de Buda-

pest, sus tesis prevalecieron sobradamente. Sin embargo, los representantes del P. C. italiano se mantienen a la expectativa, esto es en la oposición, y siguen reservándose el derecho de apreciar la realidad de «una vuelta a la normalidad» en Checoslovaquia antes de tomar una decisión definitiva. Dicha vuelta a la normalidad no puede concebirse sin una retirada progresiva y total de todas las tropas soviéticas.

Desde las reuniones de septiembre y octubre de la comisión preparatoria de Budapest, los soviéticos endurecieron sus críticas contra los «revisio-

art buchwald

SAIGON Y LA CONFERENCIA DE PARIS

WASHINGTON.—Al cabo de cinco años de hacerlo prácticamente todo, los Estados Unidos lograron que Hanoi participara en las conversaciones de paz de París. Pero la dificultad estribaba en que si Hanoi acabó por aceptar la invitación, Saigón se negaba a hacerlo, lo cual colocó a los Estados Unidos en una situación embarazosa, ya que siempre es más difícil tratar con un amigo que con un enemigo.

El problema que a todos preocupa es el de cómo llevar al presidente Thieu a París. Un amigo mío del Departamento de Estado que se ocupó de él durante tres semanas me ha dicho:

—Hay diferencia de opiniones acerca de cómo tratar con los vietnamitas del Sur. Los belicistas quieren que sea bombardeado Saigón.

—¿Para qué?

—Para mantener su prestigio. Si bombardeamos Saigón sus líderes pueden decir que no irán a París mientras no suspendamos los ataques. Así fue como logramos que los vietnamitas del Norte aceptaran ir, de modo que no hay motivo para que no dé el mismo resultado con los del Sur.

—Parece razonable. ¿Qué encuentran de malo en el plan?

—Los pacifistas dicen que si se bombardea Saigón se fortalecerá la decisión de los vietnamitas del Sur de seguir peleando. Afirman que durante años hemos estado bombardeando ciertas partes de su país y eso no ha intimidado al presidente Thieu ni al vicepresidente Ky. Más bien ha hecho más dura la posición de Saigón.

—¿Qué dice sobre esto la fuerza aérea?

—Dice que hemos estado bombardeando blancos equivocados en Vietnam del Sur. Si pudiera bombardearse el puerto de la bahía de Camranh y la ciudad de Hue están seguros de que Thieu vería la luz. Pero como sólo se ha permitido bombardear ciertos blancos más abajo de la zona desmilitarizada en el «camino de Ho Chi Minh», no hay razón para que Thieu y Ky hablen de la paz.

—Entonces, ¿los militares norteamericanos insisten en una victoria completa en Vietnam del Sur?

—Dicen que no habríamos intervenido allí a menos que deseáramos el triunfo.

—¿Hay algún otro modo de hacer que los vietnamitas del Sur vayan a París?

—Estamos considerando la conveniencia de cerrar todos los salones para soldados en Vietnam del Sur, pero ésta sería una decisión drástica que nos acarrearía mala voluntad. Vietnam del Sur no podrá sobrevivir sin el mercado negro.

—Y probablemente es contrario a la Convención de Ginebra. ¿Hay alguna otra sugestión?

—Podríamos amenazar con reducir la guerra, pero esto tiene sus inconvenientes. Estaríamos negociando con Hanoi desde una posición débil...

—Parece que la cosa no es fácil.

—Creo que nuestro error consistió en asegurar a los vietnamitas del Sur que podrían ganar la guerra. Ahora se lo han creído.

—¿No podría pedirse a Ho Chi Minh que interviniera y usara sus buenos oficios en favor nuestro?

—Ya lo hemos hecho, pero él dice que eso no es asunto suyo. Nosotros nos metimos con él y hemos de encontrar una salida.

—Mucha gente se preguntará por qué estuvimos de acuerdo en suspender los bombardeos aéreos no estando seguros de que Saigón enviaría representantes a París.

—Fue un riesgo calculado. Supusimos que una vez que Hanoi aceptara las conversaciones de paz el gobierno de Thieu estaría también de acuerdo con ellas. Ahora parece que Hanoi no lo está. Ello demuestra lo que realmente son los sucios negociadores de Vietnam del Norte.

(Copyright 1968, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service, Inc.—Agencia Zardoya.)

ASEGURA TU FUTURO CON EL AHORRO



LUIGI LONGO

nistas», los heterodo... los disidentes. En el reciente comité del P.C. soviético, el informador del buró político, Mazurof, señaló la necesidad de un reforzamiento de la unidad del campo socialista, tanto en el plano militar (reforzamiento del Pacto de Varsovia) como en el plano económico (próxima conferencia de los jefes de gobierno y de partido de los países comunistas para reformar y reestructurar el Comecón). Breznev desarrolló el mismo tema en Varsovia, ante el congreso del P.C. polaco, y dejó al secretario general de este partido el encargo de lanzar un ataque brutal contra los partidos comunistas occidentales, acusados de emperrarse en un «juicio equivocado» sobre el problema checoslovaco.

Según Breznev y Gomulka, la conferencia mundial comunista deberá precisamente permitir una «discusión abierta y sincera» en torno a estas divergencias. Podrá tener una mayor importancia si es convocada en el momento en que la URSS comience sus relaciones con el nuevo gobierno americano, mediante las cuales tratarán los dos grandes de impedir a los chinos que saboteen un arreglo pacífico del conflicto vietnamita.

Los soviéticos tienen mucho interés —lo han dicho en Budapest— en que su controversia con los chinos sea considerada por la opinión mundial no sólo como un conflicto entre dos capitales rivales —Moscú y Pekín—, sino como una disputa entre un P.C. desviacionista y aislado —el chino— y la inmensa mayoría de los partidos comunistas del mundo entero. Para ello es necesario que el mayor número de estos partidos se reúnan con el soviético, a fin de reafirmar los principios generales sobre los que se puede conseguir fácilmente un acuerdo.

Al nivel diplomático, Breznev tiene mucho interés en demostrar a Mao y a Nixon que el movimiento comunista internacional se muestra prácticamente unido en su firme sostén a las principales reivindicaciones de la URSS: acuerdo con Washington para limitar la carrera de armamentos, renuncia de la URSS y los EE. UU. a programas ruinosos de construcción de misiles

antimisiles, no diseminación nuclear, arreglo político del asunto vietnamita con retirada de todas las fuerzas militares americanas estacionadas en Vietnam, interpretación proárrabe de la resolución del 22 de noviembre de 1967 de la ONU.

El partido comunista de la URSS desea que la conferencia mundial comunista dé su conformidad a los acuerdos Moscú-Praga y se felicita de que estos textos hayan sido recientemente, y públicamente, aprobados por algunos partidos comunistas —concretamente el P.C. austriaco, el finlandés y el francés—, que habían criticado, en términos categóricos, la intervención soviética del 22 de agosto. La evolución de estos tres partidos, y concretamente la del francés, ha sido comentada con amargura por los dirigentes comunistas italianos.

La batalla tuvo lugar, efectivamente, en Moscú, durante las conversaciones bilaterales entre una delegación del partido comunista soviético, encabezada por Krilenko y Felche, y una delegación del P.C. italiano, dirigida por Enrico Berlinguer y que estaba formada por cuatro especialistas en cuestiones internacionales: Bufalini, Cossutta, Gallazzi y Colombi. E incluso este último, que representaba la «vieja guardia» prosoviética del P.C.I., se sintió molesto ante la virulencia de las afirmaciones de sus interlocutores que no dudaron, por ejemplo, en calificar de «órgano sistemática y escandalosamente antisoviético» al diario comunista italiano «Unità». La polémica prosiguió en Varsovia, donde Breznev, acompañado por el temible Chelst, apabulló a Pajetta con reproches que también se dirigían, aunque no tan severamente, a los enviados especiales del P.C. francés.

Cogido entre los dos fuegos, soviético e italiano, los dirigentes del partido comunista francés intentan superar la contradicción insistiendo ante sus camaradas italianos para que sustituyan éstos su política de boicot por una política de «presencias» y para que, finalmente, se decidan a ir a la conferencia mundial. ■ F. D.

WALDEK ROCHET



COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Copi, F. Duchamps, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, R. López Goicoechea, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Cifra y Archivo.